

PALO HINCADO; BROTE PRIMIGENIO DE LA DOMINICANIDAD

Lic. Francisco Elpidio Beras (ADH)

La hazaña militar de Palo Hincado, consumada por tropas nativas, mandadas por jefes nativos, ha sido frecuente incentivo para historiógrafos, sociólogos y políticos. Ellos han penetrado hasta las más profundas raíces del sangriento drama, ávidos de robarle el secreto de sus significaciones. Gesta de la hispanidad, y no más, es, han dictaminado algunos. Primigenio destellar de la nacionalidad han dicho otros.

Encontradas posturas ambas, que invitan a una revalidación de conceptos. Inténtolo yo ahora con petulante osadía, aún en conocimiento de la torpeza discursiva que embaraza mi empeño. A fin de cuentas, si la fortuna no me es fiel en el intento, será venial reproche el haber reabierto a los estudiosos de nuestro pasado secular un preterido campo de investigación.

Senda adentro y trajinando tras racionales soluciones, tropieza el que investiga con un ente que no puede excluirse de la inquisición: el cuerpo vivo sobre el cual, de modo ineluctable, gravitaron erosivamente los efectos del cambio de soberanía germinado en Basilea. Damos así con un hallazgo de primera jerarquía, a partir del cual las deducciones e inferencias, van a emanar como el espontáneo fluir del agua por el cauce de los ríos.



No sé hasta dónde sea una revelación original; pero debemos admitir, premisa fundamental para toda ilación racional futura, que para 1795, año del men- guado cambio de banderas, Santo Domingo no era ya español. Dícelo la palabra rediviva de José Manuel Godoy, empeñoso de reivindicaciones en sus memo- rias: “Santo Domingo no era ya de nadie”, dijo. “Nuestros colonos la tenían ya de hecho abandonada”.

Que Santo Domingo no era ya de nadie, era una afirmación inexacta. Santo Domingo sí tenía su due- ño. Eramos nosotros los dominicanos. Al término de trescientos años, por la forzosa operación de transmutaciones biológicas y telúricas actuantes so- bre el consorcio humano que poblaba la parte oriental de la isla, se había constituido aquí una masa social con caracteres en cierto modo distintos de la hispánica original, aunque no necesariamente antagónicos. El nuevo grupo que ha sentado reales en la tierra primo- génita, es hispánico por su ascendencia y su subjetivi- dad; pero ha logrado fijar peculiaridades somáticas, psicológicas y culturales sensiblemente diferen- cidas. Se ha plasmado sobre un fondo biológico hispa- no, más en sí es dominicano y gira alrededor de un complejo de intereses locales, que por ser propios de su medio, lo afectan inexorablemente.

De esta verdad en la que nos inicia el favorito de monarcas, vale decir de la desaparición de la clase colonial española en Santo Domingo, y su sustitución por los criollos, hay inferencia en otras fuentes docu- mentales.

Moreau de Saint-Mery, espíritu sagaz y observa- dor minucioso, visita esta parte de la isla hacia 1780.



Hace una circunstanciada descripción de tierras, hombres, costumbres y cosas; pero ignora completamente a los españoles europeos.

Cuando habla del elemento humano dice que solamente hay “los blancos de que acabo de hablar; los libertos y los esclavos”. Pero el capítulo de su obra confinado a la descripción de los hombres que aquí encontró, trató y estudió, lo intitula de esta guisa: “Carácter y costumbres de los criollos españoles de Santo Domingo”. No hay que subir cuestras para convencerse uno de que esos españoles de Santo Domingo a que alude, son los criollos dominicanos.

Lyonnet visita el país en 1800. Es mucho después del viaje de Saint-Mery; esto es, cuando ya la cesión de la colonia estaba en hecho materializada. “Una larga permanencia entre los criollos españoles” —así dice— “me ha puesto en condiciones de convencerme de que son buenos, tratables y hospitalarios, y que aman sinceramente a los que no los desprecian y que se acomodan a sus costumbres”. Al igual que el ilustre martiniqueño, ignora al español peninsular. Obviamente la exclusión es afirmativa de la inexistencia de tal clase.

Kerverseau, quien escribe también desde la ciudad de Santo Domingo en 1800, deja una impresión a tono con la de Lyonnet, aunque su prosa es menos explícita. “Es cierto que si esta posesión hubiera sido hace tiempo nuestra —de ese tenor escribe— debería haberse distinguido de las otras por su legislación, porque sin que haya contradicción, la parte española de Santo Domingo, por su extensión, población relativa, por sus costumbres nacionales y por su modo de



cultivar la tierra, y por otras varias circunstancias locales, no puede tener nada en común con la antigua parte francesa”.

Este fenómeno tiene un origen perfectamente discernible. Encuéntrasele sin penosos rebuscamientos. Es la depauperación económica de la colonia, consiguiente al descubrimiento y colonización de las tierras continentales, atractivo venero de provechosas granjerías.

Hacia México, Guatemala, Perú y otros territorios fuéronse de manos a caza de mejores beneficios, el interés del gobierno peninsular y el de los peninsulares mismos, hipnotizados por los ópimos ofrecimientos de El Dorado. Santo Domingo, el solar primogénito virtualmente dejó de existir como aliciente para explotaciones lucrativas. Depauperado, muy pronto viviría de una industria molesta a quien la costeaba y vergozante para quien hacía usufructo de ella: el Situado.

El nuevo rumbo de la corriente económica colonial, no sólo estancaría el flujo de españoles nativos hacia esta tierra isleña, también provocó la emigración de muchos de viejo radicados aquí. Ellos también fueron seducidos por las fascinaciones de la nueva tierra de promisión. Los que no plegaron sus tiendas, terminaron por acomodarse a las condiciones ambientales, y ser, finalmente, absorbidos por el creciente núcleo de pobladores criollos. He aquí esquematizado el proceso desintegral que llevó al Príncipe de la Paz, en tardío empeño justificativo, a escribir con fúnebre tono de epitafio “Santo Domingo no era ya de nadie”.

El aflojamiento económico tuvo su secuela. El desvaimiento político y administrativo, y éste a su



vez, desencadenaría otras consecuencias. A fines del siglo XVII, los lazos vinculares que nos ataban a la metrópoli, no eran más consistentes que los de una telaraña. Este amenguamiento, por contrapartida, tendría sus ventajas: Iba a permitir a los criollos una mayor intervención en el gobierno local y voz igualitaria o preponderante en los asuntos de gran entidad. La soberanía española actuaba entonces, puede decirse, casi en término de símbolos: la bandera gualda y rojo y la enteca autoridad del Gobernador.

Así, pues, la dominación extranjera personificada en el General Ferrand, no ofendía sino al núcleo social dominicano. Palparon los criollos los alientos progresistas del nuevo régimen. No ignoraron sus potenciales capacidades para levantar los caídos niveles de su exangüe economía, y para promover el fomento público y privado. Mas siete años de experiencias aleccionadoras hiciéronle conciencia del poder desnacionalizante del nuevo mando. El estilo de vida que proveía a la felicidad del grupo, su lengua, sus tradiciones, sus creencias religiosas, y en fin todos aquellos altos valores del espíritu que transmiten a las comunidades la fuerza poderosa que los aglutina y unifica, todo ese acervo existencial sabían ellos que iba a ser destruido, si no desnaturalizado, por la nueva autoridad. Una realidad dominicana, antes que española, estaba en grave riesgo de extinción. Con qué aguda intuición había dicho un dominicano de origen, don Domingo del Monte, aludiendo al cambio efectuado, desde La Habana, donde residía: “El hombre acostumbrado a sus usos, a sus costumbres, a su idioma, no se desprende jamás de ellos sin pesar. Es imposible que vea con calma un gobierno sustituir a



aquel bajo el cual nació y recibió las impresiones de la educación que lo identifican con su país y con sus magistrados”.

No quedaba a los criollos más alternativa que la de recurrir a las armas en función reivindicativa, movidos por un aliento inconfundiblemente dominicanista. A la existencia de este estímulo universalmente compartido a lo largo y a lo ancho del territorio, atribuyo que una vez dada la señal, el contagio insurreccional se adueñara de todas las almas. La febril acción de propaganda que realizara el caudillo de la Reconquista entre mayo y noviembre de 1808, encontró pronto y fácil endoso. Lo mismo en Santiago que en La Vega; en Puerto Plata que en Cotuí; en Sabana de la Mar que en el Seibo, epicentro de la acción reconquistadora; en los Llanos que en Higüey. Así como la que paralelamente realizaron en Azua, San Juan y Neiba, en la banda sur del país, los peninsulares Ciriaco Ramírez y Cristóbal de Hubert Franco, Sacerdotes, magistrados, miembros de la milicia, personajes conspicuos de los pueblos, como regla, respondieron al llamado del caudillo, y más de cuatrocientos valientes llegados de todos los vecindarios del país, exceptuando los orientales en cuyas tierras se convocó a la guerra, opusieron la barrera de sus pechos a las bayonetas del dominador

Empero ese indiscutible rapto dominicanista que atribuye su distintiva esencia al levantamiento, a pesar de la núbula que intenta, sin fortuna, encubrirlo, tiene su portaestandarte en el mismo preclaro gestor de la gloriosa empresa.

El padre Utrera, que fue meritísimo historiador y distinguido miembro de esta academia, nos dice que “Juan Sánchez Ramírez, a la luz de los documentos no



es un regresor al coloniaje español; es el conductor hacia adelante, que consigue levantar del suelo la rama de la estirpe a que su pueblo pertenece, arrancada del árbol por la violencia de los azares malditos del rayo de la guerra entre pueblos poderosos”. Pero aún va más allá el ilustre franciscano. Rebusca en los sedimentos de la conducta política y personal del prócer primigenio, y reconociendo en ella su dominicanidad más que su hispanidad, significa no sin sutil donaire que “a la hora de la capitulación francesa, los plenipotenciarios por Santo Domingo y España, de nombramiento de Sánchez Ramírez, son dominicanos: Manuel Caballero y José Joaquín del Monte, capitaleños ambos; a la hora de pedir el Caudillo mercedes para los valientes sufridos de la guerra, no entra español peninsular y tampoco español colonial no dominicano en aquella cuenta: y en la formación del Diario de Operaciones, los reveses o descalabros, los errores y las deficiencias van unidos al nombre propio y expreso del español peninsular a quien se hace cargo; si el autor o autores son dominicanos, los nombres se dejan intencionalmente en el anonimato”.

Empero la reconquista no sólo perseguía fines inmediatos y directos. No solamente existía una determinada voluntad de arrojar al francés. Sus miras se proyectaban también a metas más lejanas y eventuales. Era además alentada por vivas energías no aparentes, acusadoras de un perspicaz sentido de previsión que acreditaba en Sánchez Ramírez, las calidades natas del estadista. Ello no podía menos de concurrir a la reafirmación del enérgico acento nacionalista de la colectiva reacción de los dominicanos.



En efecto, luchando contra Francia nos resguardábamos contra las no ignoradas ambiciones imperialistas de Haití. Antonio del Monte y Tejada, eminente historiador dominicano, anota con frugal y lúcido estilo que “La cesión de la parte española de Santo Domingo a Francia, exasperó a los patriotas, que estaban mirando la impotencia de esa nación para conservar el nuevo dominio y preveían la absorción haitiana”. Continúa Delmonte: “Retiróse a su hacienda (alude a Sánchez Ramírez) protestando contra los hechos consumados; y cuando vió que su previsión no era fallida, y a Toussaint Louverture tomar posesión de la parte española en nombre de Francia, llegó al colmo de su desesperación, la cual continuamente le sugería planes y maquinaciones encaminados a la reconquista del suelo patrio y la nacionalidad primitiva”;

Los dominicanos no solamente habían contemplado atónitos y horrorizados el desastre de las tropas imperiales en Haití, la ocupación de esta parte de la isla por Toussaint Louverture, sino también el sitio de Santo Domingo en 1805, cuando Dessalines, sediento de sangre y de dominio persiguió con fiera saña al ejército colonial francés, escudado tras las murallas de esta ciudad. Habían tenido una trágica muestra del desenfreno feroz de los caudillos haitianos. Ellos habían talado sus campos y arrasado sus ciudades; pasado a cuchillo a sus habitantes, cuando no los habían arrastrado como bestias a un inicuo cautiverio más allá del Massacre.

La Reconquista viene a definirse así en una acción armada directa contra el francés ocupante, y preventiva contra el haitiano. Entonces nos libramos —dice



Manuel A. Peña Batlle— con sagaz acierto, de lo francés y de lo haitiano, las dos influencias verdaderamente negativas de una nacionalidad dominicana”.

Era cierto que los apetitos absorcionistas de Haití, contemporáneamente habían languidecido; pero sus rescoldos ardían en el corazón de sus jefes con impaciente latencia. Conteníalos solamente la relativa parálisis ofensiva a que los condenaba el quebrantamiento ocasional de su unidad política. Pero restablecida ésta, era obvio que la continuidad del dominio francés de este lado, les proporcionaría el deseado pretexto para nuevas acometidas como las que ya habían dejado sus horrendas cicatrices en carne dominicana.

Ahora podemos hacer la sustancialización de los hechos. El balance es conciso y terminante: el sol de Palo Hincado alumbró el nacimiento de la dominicanidad!

Habíamos vuelto a la soberanía española, es cierto; pero ello no despoja al acontecimiento del significado esencial que envuelve. La medida precaria en que entonces se ejercía, limitada al *mínimum* indispensable de dirección y de vigilancia del orden y la seguridad del grupo, actividad pública en la que, por otra parte, y por fuerza de las circunstancias los criollos habían logrado apreciable ingerencia, representaba para entonces el tope de sus aspiraciones políticas. Sin duda es éste el carácter que se le reconoció entonces al bravo episodio. Gilbert Guillermin, oficial francés al servicio de Ferrand, acude a confirmarlo. En su *Diario Histórico de la Revolución de la Parte Este de Santo Domingo*, con acento que apenas logra disimular su amargo despecho, anota: “Hoy que han comprado con el precio de su sangre, y de sus



fortunas, una independencia ilusoria, tienen que lamentar la pérdida de la tercera parte de su población, y la devastación de sus propiedades, el aniquilamiento de sus cultivos y de los hatos, que forman la principal riqueza del país”.

En la causa que atribuye Juan Sánchez Ramírez, al movimiento redentorista instigado por él, en la prosa de su diario, o sea la cólera que le despertó la felonía de Bonaparte a su soberano, ni las frecuentes manifestaciones de sumisión al rey y del españolismo de los dominicanos, que el documento consigna, tienen suficiente eficacia para desvirtuar los resultados del análisis de los hechos, aún escuetamente sumariados, como lo han sido. Sánchez Ramírez se conservó tan dominicano en la Reconquista como Santana en la Anexión. El españolismo del caudillo es como la membrana que envuelve la nuez en ciertos frutos.

Si el examen de los acontecimientos debe llevar a conclusiones justas, ellos no deben ser desplazados de su centro de gravitación.

El entendimiento debe precaverse contra este error. En 1808 no hubo ni podía existir en el pueblo dominicano una voluntad de independencia. Ya está dicho. El grado de evolución cívica que había alcanzado la masa fijó en el tope alcanzado, el máximum de sus aspiraciones de soberanía para la época. Habría sido obra peligrosa del artificio ir más allá. En 1808 el pueblo defendió simplemente los valores espirituales que consideraba tenía adquiridos. Con sobrada razón ha dicho el notable historiador Manuel A. Peña Batle, ya antes citado, que “nunca podremos agradecer bastante los dominicanos a Sánchez Ramírez, que no



proclamara la independencia de nuestro país cuando hizo la Reconquista”.

Abundan otras consideraciones. Ellas desembocan en el mismo vértice. No pueden ser desapercibidas para un correcto enjuiciamiento de las circunstancias. Me permitiré someter a ponderación tan sólo dos de ellas.

Las armas, instrumento con que fue abatido el enemigo, aunque pagadas con oro dominicano, fueron agenciadas y transportadas a las costas de Yuma, por el Gobernador español de Puerto Rico. La aceptación de este necesario auxilio, así como los que subsiguieron, entrañaba el compromiso de reposición de la soberanía española. Además la colocación del designio liberador al amparo del pabellón español, nos sumaba el favor del poderío naval inglés, que se hizo sentir con tanto peso en el remate de la campaña. Es éste un hito que honestamente no puede saltar el historiógrafo, si ha de ser fiel a su primordial obligación: ser justo y veraz.

Pero en el trasfondo de la notoria disposición de Sánchez Ramírez a halagar de palabra al trono, se ocultaban miras trascendentales para el futuro de su tierra natal. El, que fue militar y político, también fue, en cierto modo, diplomático. Con su lisonja trabajaba en beneficio de su patria. Granjeándose el favor de la monarquía, buscaba sedar una ansiedad que ya, por Delmonte y Tejada, sabemos que le exasperaba. El quería retornar el interés de España al Santo Domingo traicionado por Godoy. Así lo protegía de la constante acechanza de Haití, pues con la simple desocupación francesa y la vuelta nominal de España no estábamos a salvo de la sobresaltante eventualidad tan temida. La



colonia, jurídicamente, no era menos francesa. Era importante, al terminar la guerra de la independencia, que España peleaba contra los Bonaparte, que la Colonia fuese readquirida de Francia. Nada podía estimular este anhelo como las ardientes manifestaciones de una insospechable adhesión a la monarquía. Los resultados de esta sutil política se obtuvieron al firmarse el Tratado de París, en 1814. España volvió a obtener sus viejos derechos sobre la colonia de Santo Domingo. Para entonces Sánchez Ramírez había sucumbido al reclamo de la muerte; pero aún en la tumba debió el sosiego alcanzar su alma iluminada.

